CAPÍTULO II

Él nos previene con su santa gracia.

I

BUSCARÉ á mi amado. Estas expresiones de los libros santos que descubren el vivo deseo, el ardiente suspiro de quien ama á su Dios, también nos revelan la incomparable dicha en que rebosa aquella alma al ocuparse en su Amado. Mas todo esto no viene de ella misma como de causa primera; Dios la previene con la luz de su conocimiento y sabe atraerla con inmensa dulzura, con los encantos de su amor. Él es quien la busca, y si así no fuera, jamás el alma buscaría á su Dios; Él es quien la previene, y sin tal prevención, ni un solo paso llegaría el alma á caminar por las sendas del Señor.

Para acercarnos á Dios es indispensable creer en Él; mas la fe es un don de Dios. He aquí la doctrina de la Iglesia sobre este punto:

"Para entender con rectitud y sinceridad la doctrina de la justificación, es necesario que todos conozcan y confiesen que habiendo perdido todos los hombres la inocencia en la prevaricación de Adán, hechos inmundos, y como dice el Apóstol, hijos de ira por naturaleza, en tanto grado eran esclavos del pecado y estaban bajo el imperio del demonio y de la muerte que, no sólo los gentiles por la fuerza de la naturaleza, mas ni los judíos por la misma letra de la ley de Moisés, podrían levantarse ó lograr su libertad... El Padre celestial, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo, envió á los hombres, cuando llegó la plenitud de los tiempos, á Jesucristo, su Hijo, para que redimiese á los judíos que vivían en la ley y á los gentiles, á fin de que lograsen la santidad á que no aspiraban y todos recibiesen la adopción de hijos. Propuso Dios á Jesucristo por reconciliador de nuestros pecados, mediante la fe en su Pasión, y no sólo de nuestros pecados, sino de los de todo el mundo... Por este beneficio nos exhorta el Apóstol á dar siempre gracias al Padre, que nos hizo dignos de participar de la suerte de los santos, iluminándonos con la luz del Evangelio; que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y trasladado al reino de su Hijo muy querido, por cuya Sangre hemos sido rescatados y hemos recibido la remisión de los pecados„ (1).

(1) Coloss., I, 12-14.

En los adultos, el principio de la justificación se debe tomar de la gracia divina que se les anticipa por Jesucristo; esto es, de su llamamiento, por el que son llamados sin mérito ninguno suyo, de suerte que los que eran enemigos de Dios por sus pecados, se dispongan por la gracia, que les excita y ayuda, á convertirse á su propia justificación, asistiendo y cooperando libremente á la misma gracia; de suerte que tocando Dios el corazón del hombre por la iluminación del Espíritu Santo, el mismo hombre deje de obrar alguna cosa admitiendo aquella inspiración, pues puede desecharla y, sin embargo, puede moverse sin la gracia divina á la justificación por sólo su libre voluntad.

Dispónese el hombre para la justificación cuando, movido y ayudado por la gracia divina y concibiendo la fe por el oído, se inclina libremente á Dios, creyendo ser verdad lo que sobrenaturalmente ha revelado y prometido (1).

Dícenos también la Iglesia que si alguno dijere que el hombre, sin que se le anticipe la inspiración del Espíritu Santo y sin su auxilio, puede creer, esperar, amar ó arrepentirse como conviene para que se le confiera la gracia de la justificación, sea excomulgado (2).

Esta gran miseria, la imposibilidad de hacer alguna cosa sin el auxilio de Dios, hállase consignada en los Libros santos: "Ninguno—dice

(1) Conc. Trid., ses. VI. Traduc. de Ayala.
(2) Idem.

el divino Maestro—puede venir á Mí si no lo trae el Padre que me envió„ (1). "Se os ha dado por Jesucristo—decía el Apóstol,—no sólo que creáis en Él, sino también que por Él padezcáis„ (2).

"La fe es causada en nosotros por la gracia; ésta nos mueve—dice el gran Santo Tomás—hacia el último fin, y el movimiento que nos imprime es voluntario; mas no puede ser voluntario si no es que se ha conocido; es, por lo mismo indispensable que tal conocimiento se nos dé para que obremos voluntariamente, conocimiento que no puede ser de manifiesta visión en el presente estado, y por esto debe tenerse por medio de la fe.

El modo del conocimiento sigue al de la naturaleza del ser que conoce, y por esto, siendo diversas las naturalezas del ángel y del hombre, el modo de su conocimicnto es también diverso. Para que el hombre consiga su último fin, se le da sobre su propia naturaleza una perfección que es la gracia. Es, pues, necesario que sobre su conocimiento natural se le dé otro que exceda á su razón natural, y éste es el de la fe, que se refiere á las cosas que no se ven con la razón natural.

Cuando algún agente eleva con su movimiento al ser que mueve, éste se sujeta á las impresiones del primero; mas con el auxilio de

(1) Joann., VI, 44.
(2) Philip. I, 29.

la gracia, somos dirigidos y elevados hacia el último fin, que es la clara visión de la primera verdad en sí misma. Es por lo mismo necesario que el entendimiento del hombre, antes de alcanzar ese fin, se sujete á Dios por medio de la fe que le suministra la divina gracia. Por esto dice el Apóstol: "Por la gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no viene de vosotros, siendo como es un don de Dios; tampoco en virtud de vuestras obras, para que nadie pueda gloriarse, porque somos hechura suya, criados en Jesucristo para obras buenas, preparadas por Dios para que nos ejercitemos en ellas (1).

II

No solamente necesita el hombre que Dios le prevenga con el precioso don de la fe, sino también le es indispensable que lo auxilie con la esperanza que nos hace suspirar por Él. "Del amor que el hombre se tiene á sí mismo—dice el angélico maestro—proviene el que tiene á su prójimo, según que ve á su amigo como á sí mismo, y se ama á sí mismo en cuanto quiere su propio bien, y al prójimo según que quiere el bien de éste. Por su propio amor se inclina al bien del prójimo, y en cuanto el hombre espera de otro algún bien, se inclina á amarlo; y esto, por la gracia que nos hace agradables

(1) Ephes., II, 8-10. D. Thom. lib. III, cap. 152.

al Señor, se produce en nosotros el amor divino, y por ella, asimismo, ponemos en Dios nuestra esperanza." Ahora bien; la amistad verdadera trae consigo bienes inmensos, según que el amigo socorre á su amigo como á sí mismo; y por esto, quien conoce que es amado, tiene esperanza en su amigo; más por gracia el hombre ama á su Dios según el afecto de la caridad, y la fe le instruye que Dios le ame, según estas palabras: "En esto conocemos la caridad de Dios, que no es porque nosotros hallamos amado á Dios, sino que Él nos amó primero á nosotros" (1). Síguese de aquí que, por el don de la gracia, el hombre pone su esperanza en el Señor, y así como la esperanza es la preparación para el verdadero amor de Dios, así también por este amor se confirma en el hombre la esperanza.

Quien ama, desea unirse á su amado; ya que por la gracia ama á Dios, también por ella tiene el deseo de unirse con su Majestad, en cuanto es posible. La fe, que es causada por la gracia, declara la posibilidad de tal unión en un perfecto gozo, en lo que consiste la felicidad. El deseo de ese gozo síguese, pues, del amor de Dios; mas el deseo molesta y atormenta si no es que hay esperanza de satisfacerlo. Por esto fué conveniente en los hombres en quienes el amor de Dios y la fe son causados por la gracia, sea producida en ellos tam-

(1) Joann., IV, 10.

bién por la gracia la esperanza de conseguir la vida eterna.

Si al dirigirnos al fin que deseamos se nos presenta alguna dificultad, nos sirve de consuelo la esperanza de conseguirlo. Nosotros caminamos á la felicidad eterna, fin de todos los deseos, y en nuestro camino tenemos que encontrar grandes y múltiples dificultades; y para que podamos caminar con ligereza y alegría, nos es necesaria la esperanza de llegar al fin que nos hemos propuesto. Si éste nos fuese imposible, no nos moveríamos hacia él, mas la gracia nos da la esperanza. "¡Bendito sea, pues, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha regenerado con esa viva esperanza... para alcanzar una herencia incorruptible, que no puede contaminarse y que es inmarsecible, reservada en los cielos!„ (1).

Si nos proviene con la fe y la esperanza, también derrama en nosotros su amor divino "La gracia que nos hace agradables á los ojos de Dios—dice también Santo Tomás—es efecto de su amor, que á nuestra vez nos hace amarlo. En efecto; lo que intenta el amante, antes que otra cosa, es el ser amado de aquel á quien ama; por esto lo atrae á su amor, y si no lo consigue, queda disuelta la amistad.„

En las cosas que tienen un mismo fin, existe la unión que las ordena á él; de esta mane-

(1) I Petr., I, 3-4. D. Th. Cit., cap. 153.

ra los ciudadanos se unen para conseguir el bien de la República, y los soldados en el combate para alcanzar la victoria. El último fin que el hombre consigue con el auxilio de la gracia, es la clara visión de la esencia de Dios, que es propia del mismo Dios, que se digna comunicarlo al hombre; éste, por lo mismo, no llegará á conseguirlo sino uniéndose á Dios por la conformidad y voluntad, efecto propio del amor, ya que los amigos tienen el mismo querer y no querer, los mismos gozos é idénticos pesares. La gracia, pues, que dirige al hombre hacia el fin, causa en el mismo hombre el amor de Dios.

La gracia perfecciona el afecto del hombre y la perfección principal de ese afecto es el amor, porque nadie desea, goza ó espera, sino por el bien amado, y nadie teme, ó se contrista ó se irrita, sino por aquello que contraría al bien que ama. Efecto, pues, de la gracia, es que el hombre ame á su Dios. "La caridad—decía el Apóstol—ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado„ (1).

Preciso es reconocer nuestra gran miseria, confesar que es extremada nuestra pobreza. No podemos acercarnos al Señor si no nos previene con su gracia, ni creer, ni esperar en Él, ni amarle si Él no nos llama, si no nos da la fe, la esperanza y el amor. Este conocimien-

(1) Rom., V, 5. D. Th cap 151.

to, la confesión de nuestra impotencia, de la nada que somos, debe producir en nuestras almas, mediante la divina gracia, una humildad muy profunda. ¿De qué se ensoberbecen el polvo y la ceniza? ¿Qué tenemos que no hallamos recibido, ó si lo hemos recibido, de qué nos gloriamos como si no hubiésemos recibido? Esta humildad no nos confunde para el desaliento, rinde nuestro corazón y le abre para que entre la verdad y levante su trono y establezca su imperio sobre nosotros; y la verdad es muy amada de Dios y le honra en gran manera. Desde el fondo de nuestra alma levanta su voz para decir:—¡Al Rey de los siglos inmortales, inmortal é invisible, al sólo Dios, honor y gloria por todos los siglos!—Dios es el autor de todos nuestros bienes; á Él, pues, le corresponden la bendición y la alabanza. Los ha derramado sobre nosotros con liberalidad y profusión; no hay, pues, lugar al desaliento; ni se arrepiente de sus dones, ni aleja de nosotros su mano bienhechora, y todos se nos comunican por el divino Mediador de Dios y de los hombres. ¡Bendita sea la bondad del Eterno!

La humildad, que al reconocer toda su miseria no había dejado que el desaliento viniera á contristarla, excitó en nosotros el reconocimiento más profundo, la más viva y tierna gratitud, haciéndonos pensar en las gracias y favores con que el Señor se había dignado enriquecernos. Ningún mérito teníamos delante de sus ojos; así nos lo decía nuestra pobreza;

nada podíamos sin el auxilio de Dios; Dios por su bondad inmensa nos llamó á su admirable luz, nos regeneró con la esperanza de la vida eterna y nos dió su santo amor. Bendito sea Él mil veces.

"Cuando éramos enemigos de Dios—decía San Pablo—fuimos reconciliados con Él por la muerte de su Hijo; mucho más estando ya reconciliados nos salvará por el mismo Hijo resucitado y vivo; y no sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por cuyo medio hemos obtenido ahora la reconciliación„ (1). Una y otra vez ha resonado en las profundidades del alma el nombre de Jesús, más dulce que la miel, más suave que el panal de miel A Jesús todo lo debemos y de Él todo lo esperamos; sin Él nada podemos; por esto en la pobreza y en la miseria, en el dolor y en la amargura y en todos nuestros males, á Él recurrimos en busca de socorro, de alivio y consuelo.

Teniendo todo bien en nuestro Jesús amoroso, en su Corazón dulcísimo y amable, nuestras miserias no tendrán que agobiarnos con su peso, y el desaliento no tendrá lugar en nuestro corazón. ¿No es Jesús quién ha dicho: "Venid á mí los que trabajáis y lleváis sobre vuestros hombros una pesada carga, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de

(1) Rom., V, 10-12.

002540

corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas, porque mi yugo es suave y ligero mi peso?„ (1). ¡Qué palabras tan llenas de amor, de esperanza y de dulzura! Mas en ellas hallamos la humildad que alienta y consuela, que tranquiliza nuestras almas, y que al hacernos confesar que nada somos, ponen nuestros ojos en Jesús, en quien está nuestra esperanza; ella nos habla del Padre celestial, y á fin de alentarnos más y más, nos dice que, si no perdonó á su propio Hijo, sino que lo entregó á la muerte por todos nosotros, ¿cómo después de habérnoslo dado nos negará cualquiera otra cosa? "Del Espíritu Santo, la humildad nos dice que Él es quien ayuda á nuestra flaqueza, pues no sabiendo siquiera qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene hacerlo, el mismo Espíritu Santo hace nuestras peticiones con gemidos que son inexplicables„ (2)

El conocimiento y confesión de nuestra miseria, de nuestra pequeñez, sirve admirablemente á la gloria del Señor. San Pablo, hablando de los grandes misterios, de la reprobación de los judíos y de la vocación de los gentiles, exclama: "¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, cuán investigables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido los designios del Señor, ó quién fué su consejero, ó

(1) Matth., XI, 28-30.
(2) Rom., VIII.

quién le dió á Él primero alguna cosa para que pretenda ser recompensado? Todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él; á Él sea la gloria por siempre jamás. Amén„ (1). Esto es de toda justicia, y cuando bendecimos y alabamos al Señor porque todas las cosas son de Él y por Él y existen en Él, goza nuestro corazón de inefable consuelo, de una dicha muy grande, porque el Señor ha querido derramar sobre nosotros sus abundantes misericordias; nos ha dado la vida, la luz de su conocimiento, su santa gracia, su amor divino, y nos promete la herencia de los cielos; por esto exclamamos con David: "Sea bendito el nombre del Señor desde ahora hasta el fin de los siglos. Desde el Oriente al Ocaso, ese nombre sagrado es digno de toda alabanza. El Señor es excelso sobre todas las gentes y su gloria sobrepuja á los cielos. ¿Quién cómo el Señor Dios nuestro? Él tiene su morada en lo más alto del empíreo, y está cuidando de las criaturas humildes en el cielo y en la tierra. Levanta del polvo de la tierra al desvalido y alza del estiércol al pobre para colocarle entre los Príncipes de su pueblo„ (2). He aquí lo que también nos hace alabar y bendecir á nuestro Dios querido; Reina en las alturas, es el grande, y su nombre es glorificado desde el Oriente al Ocaso, del Septentrión al Mediodía, y sin em-

(1) II Cor., XI, 33-35.
(2) Psalm. CXI.

bargo, se digna contemplarlos con amor profundo y nos eleva desde el polvo de la humillación y la miseria, y no descansa hasta sentarnos en el trono de los Príncipes. Esto no lo hará con los soberbios; seamos, pues, humildes y reconozcamos nuestra insignificancia, y Dios reinará en todas las cosas, y Jesús que nos ha reconciliado con su Padre, Jesús por quien todo lo hemos recibido, sea glorificado eternamente.

CAPÍTULO III

Sin Él nada podemos.

I

Jesús, he allí la vida, la luz, la fuerza de nuestra alma y todo nuestro bien. ¿Qué sería de nosotros sin Él? Si buscamos el socorro en nuestro propio corazón, tendremos que decir con Job que no podemos valernos por nosotros mismos: *Non est auxilium mihi in me* (1); si lo pedimos á los hombres, de nada nos podrá servir. "¿Quién me conducirá á la ciudad fuerte?—decía David. —¿Quién me llevará hasta la Idumea? ¿Quién, sino Tú, oh Dios, que nos habías desamparado? ¿No vendrás Tú, Señor, á la cabeza de nuestros ejércitos? Danos tu socorro en la tribulación, porque es vana la salud que viene del hombre.

(1) VI, 13.